

Dos visiones del 98: 1948/1998

José García-Velasco

Arbor CLX, 630 (Junio 1998), 245-268 pp.

Este artículo tiene un triple objeto:

1.º *Analizar, desde la perspectiva de la historia intelectual, el número extraordinario de Arbor, (núm. 36, diciembre 1948), conmemorativo del cincuenta aniversario de 1898.*

2.º *Valorar los cambios que se han producido, cincuenta años después, en nuestra perspectiva y conocimiento del «espíritu del 98».*

3.º *Proponer algunas tareas prioritarias para la historia intelectual del periodo, a partir de la experiencia del trabajo realizado estos últimos años en la Residencia de Estudiantes.*

El número 36 de Arbor reunió a un grupo de escritores bajo el liderazgo de Pedro Laín Entralgo: M. Fernández Almagro (historia), J. M.ª García Escudero (id.), Gerardo Diego (poesía), Lafuente Ferrari (pintura), F. Sopena (música), G. Bleiberg (revistas literarias), A. Gallego Morell (Ganivet), J. L. López Aranguren (Unamuno), G. Torrente Ballester (Hispanoamérica), H. Juretschke (crítica), J. L. Pinillos (bibliografía de Unamuno), J. M.ª Valverde (bibliografía de A. Machado), etc.

En los apartados 2 y 3 del artículo se insiste especialmente en la necesidad de recurrir a las fuentes primarias y estudiar los fenómenos culturales en su contexto europeo. Se abordan los problemas existentes y las propuestas de trabajo en relación con las colecciones documentales, los planes de obras completas, las ediciones críticas, epistolarios, memorias, bibliografías, y los proyectos de seminarios y cursos pendientes.

*Para Vicente Cacho Viu,
con gratitud*

Se van a cumplir cincuenta años del extraordinario de la revista *Arbor* dedicado a conmemorar 1898. Un número que estimo de gran interés, no sólo por lo que supone de reflejo de la situación intelectual en aquellos difíciles años, sino también por la calidad de los trabajos que se recopilaron bajo el más que probable liderazgo de Pedro Laín Entralgo, con quien tenemos la suerte de poder contar también hoy en esta nueva entrega conmemorativa. Está todavía muy reciente la polémica suscitada por el voluminoso (aunque no siempre riguroso) ensayo de Gregorio Morán *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*¹. Desde luego, el clima que se trasluce del análisis de las 195 páginas de aquel número 36 de *Arbor* es más rico y complejo que el reflejado por Morán, sin que por ello se puedan olvidar los efectos totalmente perniciosos de la Guerra Civil, que interrumpió lo que habría sido un segundo Siglo de Oro (y aquí sí que nos es dado recurrir a un «contrafactual», lo que les suele estar prohibido a los historiadores).

Lo cierto es que resulta llamativo que en 1948, y en una revista animada por Florentino Pérez Embid y Rafael Calvo Serer, se confíe el tema del 98 a un equipo de intelectuales nucleado en torno a Laín, quien ese mismo año había publicado una primera versión de *España como problema* que, tras su posterior ampliación, recibiría una contestación fulminante de Calvo Serer en *España sin problema*. ¿Cómo se explica este encargo? Sólo si consideramos que la flexibilidad y complejidad de tales relaciones intelectuales es bastante mayor de la que nos proporcionan los estereotipos al uso. Espero justificar cuanto vengo afirmando, pero vaya por delante que la evolución de la cultura española a partir de los años 60 no puede entenderse sin un adecuado análisis de lo sucedido en aquellas décadas de hierro, tanto en la España del interior como en la que Bergamín llamó «España peregrina», en la que, eso sí, se siguieron escribiendo las páginas más brillantes.

Procuraré hacer algunas consideraciones acerca de esta publicación para, a continuación, reflexionar sobre lo que ha mudado y lo que permanece en nuestra percepción de lo que ya entonces se llamó acer-

tadamente «espíritu del 98». Concluiré enumerando algunos de los cambios que, en mi opinión, podrían producirse en los próximos años y que nos permitirán enriquecer nuestra visión de esa «Edad de Plata» de la cultura española, de la que el 98 es un clásico exponente.

Redescubrimiento del 98 y búsqueda de la «síntesis de España»

En 1945 apareció la primera edición de *La generación del noventa y ocho*, un libro clave en la bibliografía de Pedro Laín Entralgo y también para la España de aquel momento. En la advertencia preliminar que acompaña a la segunda edición, publicada en 1997, afirma el autor: «salvados pocos minúsculos detalles, hoy suscribo sin reservas cuanto ahora se reimprime». ¿Cuál era su principal propósito al escribirlo? Estaba significativamente encabezado por una «Epístola a Dionisio Ridruejo» en la que le declara:

[...] este libro contribuye en alguna medida a esclarecer desde su entraña misma una parcela muy esencial de la vida española más próxima a nosotros y, por tanto, de nuestra propia vida ².

¿Cómo lo hace? Procurando entroncar con una tradición que se atreve a proclamar respetable, aunque simultáneamente se vea obligado a distanciarse de algunos aspectos particularmente incómodos:

Agradecemos cordialmente a los hombres del 98 su egregia obra literaria —este último «Medio-siglo de Oro» de las letras españolas— y la triple huella que han dejado en nosotros. Pero no somos, no podemos ser derretidos. No los acompañamos en su descarriada actitud religiosa, aunque nos esforcemos por comprenderla amorosamente cuando es sincera; detestamos de corazón las tartarinadas blasfematorias de los que, como Baroja, al arrimo de ellas hallaron notoriedad; no aceptamos todos sus proyectos, juicios y ademanes en torno a la vida de España; no compartimos, en fin, ciertas posturas intelectuales, estéticas y políticas que desde nuestro tiempo vemos como verduras pasadas o como reales limitaciones de su tiempo y suyas.

Las páginas de mi libro están teñidas de aquel agradecimiento y de estas reservas ³.

Con ello, Laín Entralgo está haciendo una propuesta de renovación que en este número de *Arbor* se enriquece con la aportación de un grupo muy caracterizado de escritores, la mayoría amigos suyos. No sólo pretendían saldar las cuentas con un pasado inmediato que había

concluido con el cataclismo de 1936-39 y la terrible represión posterior, sino que querían iniciar una nueva época en la que fuera posible alguna clase de reconciliación cultural que Laín, en un momento todavía muy difícil, prefiere proponer como «síntesis». Al referirse a los sueños de don Antonio Machado, «grande y extraviado poeta», le escribe a Dionisio: «Tú, y yo, y todos los que, exentos de culpas viejas —“ligeros de equipaje, como los hijos de la mar”—, nos asomamos después de 1931 a la insatisfactoria vida de España, hemos sentido que a nuestros oídos se enderezaba el canto del grande y extraviado poeta». Y, en efecto, las «culpas» en que tal vez pudieran haber incurrido entonces resultaron ser «nuevas» y propias de la vida española —que luego reconocerían hartamente insatisfactoria— no «después de 1931» sino de 1939, ya que, para que fuese hacedera la «síntesis», precisaron obviar una parte de la obra y de la imagen de los del 98 que estorbaba en aquel momento. Por otra parte, aunque nos sea posible entender lo que Laín quiere decirnos cuando afirma suscribir hoy «sin reservas» aquella visión suya del 98, no creo que a la sazón considere a don Antonio «extraviado». Por último, en la epístola a Ridruejo, escribe programáticamente: «Aun sabiendo que aquellos sueños a la vera del Arlanzón no pasarán jamás de serlo, ¿podremos renunciar a ellos, si son sustancia de nuestra propia vida? “Acaso para una síntesis futura sea preciso este feroz análisis de todo”, dijo *Azorín* en 1902 del que, puestos ante la vida española, habían emprendido él y sus camaradas. ¿No hemos soñado nosotros que, por fin, era llegada la hora de esa tan esperada síntesis de España?»⁴.

Éste es el propósito de Laín y sus amigos que rezuma todo el número de *Arbor*: «a todos los hombres de la “generación del 98” les envía la España de la Restauración el mensaje de su inconsistencia, a todos muestra la triste oquedad de su cuerpo histórico. En medio de una alegre y fingida paz, sus almas comienzan a sentir el malestar oculto de la “España real”; esto es, la existencia de un grave problema en los cimientos mismos de la Patria»⁵. No resulta difícil entender que Laín no sólo se está refiriendo a la España de la Restauración cuando escribe sobre «una alegre y fingida paz» o de la «existencia de un grave problema en los cimientos mismos de la Patria».

Este propósito de recuperar el espíritu del 98 y la tradición que los del 98 representan se va a enfrentar con graves dificultades y es emprendido con muchísimas cautelas. Pero creo que a la postre resulta más importante, por ejemplo, la exposición que José Luis López Aranguren hace «Sobre el talante religioso de Miguel de Unamuno» que sus propios juicios teñidos de la acendrada ortodoxia con la que los

sazona. Pese a ellos, Aranguren nos proporciona un magnífico análisis del pensamiento de Unamuno en su marco más adecuado, que es el de la evolución espiritual europea: «Lutero, Pascal, Kierkegaard y Unamuno representan cuatro estadios sucesivos de religiosidad, de fe decrecientes, en un clima existencial de sostenida angustia. [...] Después de ellos aún quedaba un último estadio, el de Heidegger: la fe en Dios ha sido raída y suplantada decididamente por el “saber” de la nada»⁶. Incluso la reseña bibliográfica de José Luis Pinillos, aun siendo todavía más crítica con el autor de *Del Sentimiento trágico de la vida*, se sitúa en la franja relativamente templada representada por el padre Oromí frente a los planteamientos ultramontanos de González Caminero. Es también preciso resaltar su tímido intento de citar elogiosamente a Julián Marías, si bien Pinillos no puede por menos de deslizarse algunas advertencias —que hoy resultan chocantes, conocida su posterior e inequívoca trayectoria— y mantenerse muy crítico con los trabajos publicados —conviene recordarlo: desde el exilio— por Ferrater Mora y Esclasans, pues «más que juzgar críticamente la doctrina unamuniana del conocimiento, la defienden»⁷.

Pero todavía hay más. Cuando Aranguren aborda el temple reformador de Unamuno, encontramos ya ecos anticipatorios del papel de reformador de la sociedad española que posteriormente adoptó él mismo: «Unamuno se nos aparece, no como un reformador cualquiera, sino como uno entre la media docena de los más grandes. [...] Que en él había temple de reformador religioso, como lo había de reformador político, a mí no me cabe ninguna duda. Y entendámonos. No de “modernista” A él le tenía sin cuidado la Iglesia de Roma. Lo que hubiese querido fundar era un “catolicismo español”. ¿Por qué no lo intentó? Por varias razones. La primera porque, evidentemente, el siglo XX no es el siglo XVI ni apenas puede ser revolucionado más que político-socialmente. Unamuno tenía que sentirlo así. Pero, además —y esto lo ha hecho ver Laín Entralgo de él y de sus grandes coetáneos, los del noventa y ocho—, era soñador y no hombre de acción. La empresa de hacer la “Reforma española” requería un ímpetu para la acción que, desde luego, a Unamuno le faltó»⁸.

Así se suceden las colaboraciones de este número, en las que los juicios vicarios de aquellos tristes años se entrecruzan con el acercamiento a la tradición liberal sustancialmente arraigada en el grupo del 98, para, desde aquella tradición, hacer la síntesis que Laín y sus amigos consideran necesaria.

Con este propósito se escoge a Melchor Fernández Almagro, un antiguo amigo de aquellos intelectuales de entresiglos, para hacer la

pintura de la España de la Restauración en vísperas del Desastre. Y su relato es muy moderado, si se considera el momento en que fue escrito: «Faltaba, indiscutiblemente, cauce, por la derecha y por la izquierda, a la protesta airada contra una política en franca y grave quiebra. Pero, si el pueblo no forzó las cosas de cualquier manera, fue tanto porque no pudo, dada la carencia de autorizados estímulos y organizaciones idóneas, como porque no quiso, en vista de que aún cabían en el régimen posibilidades de mejora»⁹.

Se recurre a un poeta mayor del 27 para tratar de los del 98, en un bello texto, cuajado de interpretaciones hoy todavía vigentes, en el que Gerardo Diego, aunque con expresión medida, calculadamente prudente, no hace nada por ocultar su afecto hacia este grupo de escritores, muy especialmente hacia Antonio Machado. Por su parte, Lafuente Ferrari se encarga de estudiar la pintura en otro magnífico trabajo que suministra abundante y por entonces novedosa información. Desde una óptica conservadora proporciona numerosas claves favorables a institucionistas como Beruete e incluso a otros artistas tan alejados del gusto del momento como Regoyos, Zuloaga o Gutiérrez Solana. Se hacen análisis vigorosos y penetrantes como el que sigue:

Las dos corrientes que hemos señalado, una distinguida por su anhelo de verdad y sinceridad en el enfoque de los temas españoles, en el retorno a la esencial España —paisaje castellano y vida rural y antigua sobre los cuales parece haber suspendido su rueda el tiempo—, en la busca del carácter y de la verdad frente a la guardarropía literaria del XIX, y la otra corriente, la del refinamiento y la exquísitez, la del estilo y el lirismo frente a la prosa del XIX —la que por boca de Valle-Inclán se encaraba con Galdós llamándole *el garbancero*—; esas dos corrientes, digo, se confunden, se mezclan, se agitan y se influyen hasta un punto en que cualquier esquema que tratase de aislarlas sería, desde el principio, falso. Girando en este torbellino de sugerencias estéticas y políticas, los hombres del 98 terminaron muchas veces su carrera en el polo opuesto de su posición inicial. Creo que éste es el fenómeno más atractivo y más necesitado de análisis al estudiar la generación del 98. Que yo sepa, sólo Fernández Almagro lo ha rozado al tratar de la conversión literaria de Valle-Inclán, desde el lirismo exquisito y alquitarado hasta el esperpento grotesco de la caricatura¹⁰.

Apenas nos topamos a lo largo del número con un par de textos ortodoxos conforme a la ideología de la democracia orgánica entonces flamantemente entronizada. El más comprometido es el de José María García Escudero quien, al escribir sobre «El Parlamento ante el Desastre», se refiere expresivamente a «la responsabilidad de nuestros

liberales». En la vertiente opuesta cabe citar artículos con una sensibilidad que hoy nos sigue siendo muy próxima como los de José María Valverde «Sobre Antonio Machado» o Germán Bleiberg sobre «Algunas revistas literarias hacia 1898». También contiene notables aportaciones el de Torrente Ballester, que aborda las relaciones entre la generación del 98 e Hispanoamérica: «Unos y otros contribuyen a la creación de un ambiente respetuoso para la cultura española. [...] nuestra gratitud al noventa y ocho es inmensa: las aventuras americanas de las dos generaciones siguientes [...] fueron posibles porque el 98 abrió la primera brecha. [...] Nuestro adiós al imperio colonial, la amarga experiencia del nuevo desastre, tuvo, en este sentido, la ventaja de hacer posible un mejoramiento de relaciones, por lo menos con aquellos países que contaban casi un siglo de independencia»¹¹.

Considero necesario subrayar que la mayor parte de los colaboradores en este número recurren a alguna cita de Laín Entralgo como argumento de autoridad. Un Laín que se encuentra en momento de madurez intelectual —en febrero había cumplido cuarenta años—, que conoce bien a los autores y los textos conmemorados, y que es capaz de hablar de ellos con finura de espíritu y cautivadora belleza:

En el seno de esa calma zaragatera e inconsistente se formó la personalidad de los hombres del 98. Ganivet se apedrea en Granada con los *greñudos*, descubre a Séneca en los tomos de Rivadeneyra, pasea y dialoga desde la ciudad a la Fuente del Avellano, lee y lee en soledad. En Bilbao, Unamuno asiste al Instituto Vizcaíno, se deleita ascendiendo al Pagazarri, sueña futuros en la basílica del Señor Santiago.

*aquí soñé los sueños de mi infancia
de santidad y de ambición tejidos,*

dirá luego, recordando sus oraciones infantiles, y se mete entre pecho y espalda a Balmes y a Donoso Cortés, a Kant y a Hegel. *Azorín* aprende sus primeras letras en la escuela de Monóvar, «entre confiado y medroso, como lobezno recién cazado»; cursa su bachillerato en los Escolapios de Yecla, y luego, en Valencia, se gradúa de abogado e intima con Montaigne, Leopardi y Baudelaire. Baroja inicia en San Sebastián, Madrid y Pamplona su vida de «hombre humilde y errante», descubre la muerte en los suburbios de Madrid, sueña con ser héroe de Julio Verne en una isla desierta y se aburre en las clases grandilocuentes de Letamendi. Valle-Inclán se hace bachiller en Pontevedra y Santiago y, frente a las páginas de Pastor Díaz, la Pardo Bazán y Jacinto Octavio Picón, se pregunta si él no será capaz de escribir mejor prosa que quienes entonces gobiernan las letras castellanas. Antonio Machado deja pronto su Sevilla nativa —el «huerto claro donde madura el limonero»

de su semblanza autobiográfica— y se educa en la Institución Libre de Enseñanza¹².

Con la aportación de Hans Juretschke sobre «La generación del 98. Su proyección crítica e influencia en el exterior», si lo esperable era una orientación marcadamente ideologizada, nos encontramos con un trabajo muy sugerente, documentado, escrito desde un profundo conocimiento de las fuentes y de las corrientes intelectuales europeas, y atento a las sutilezas propias de la historia intelectual. El resultado de todo ello es que algunas de sus valoraciones —más bien escasas— y muchas de las noticias que nos proporciona no han perdido interés cincuenta años más tarde. En su apretada y concienzuda revisión bibliográfica demuestra el autor que con el grupo del 98 la cultura española vuelve a hacerse universal: «Convendría estudiar hasta qué punto esta irrupción de lo hispánico pasó de ser tan sólo una moda a convertirse en una presencia constante. Por de pronto hay que subrayar que por primera vez se rompe la barrera del silencio que había levantado el siglo de guerras civiles de España. De la situación se benefician particularmente los hombres del 98, aunque el logro definitivo de su objetivo de salvar las fronteras se debió en gran parte a españoles de una generación posterior —razón, por cierto, por la que estos españoles pasan a menudo por ser unos miembros más del llamado grupo del 98—. Y aquí es preciso mencionar, en primer lugar, a Ortega y Gasset y su actuación a través de la *Revista de Occidente* (1923). Sus ensayos sobre *Azorín* y Baroja ponen la interpretación de la generación del 98 sobre una base enteramente nueva, así como otros acentúan la discusión en torno al problema de España. Desde Oxford¹¹ le «secunda Salvador de Madariaga, [...] y desde Hamburgo descubre Montesinos a los extranjeros la existencia de la gran lírica moderna de España, [...] y en los Estados Unidos se lleva a cabo una labor semejante por los F. de Onís, C. Barja, etc. Los efectos de esta actividad orientadora —a la que en justicia deberían añadirse los nombres de Melchor Fernández Almagro, Julio Casares y Sainz Rodríguez— se aprecian casi inmediatamente y pueden comprobarse en los comentarios y estudios de los Trend y Northup, Bataillon y Cassou, Curtius y Mulertt»¹³.

He aquí un panorama, eficazmente trazado, que explica el por qué Laín y los suyos buscan entroncar con la tradición liberal forjadora del concepto mismo de nación española, como es universalmente reconocido. José María Valverde, en su artículo, se refiere también a esta «época áurea», citando a Marañón:

La máxima cristalización de lo hispánico es la de esos años.

En un trabajo reciente Inman Fox establece que dicha cristalización se debe precisamente a este núcleo intelectual, generalmente vinculado con el liberalismo y principalmente influido por el krausismo, la Institución Libre de Enseñanza y las instituciones públicas fundadas por los institucionistas:

[...] entre las contribuciones más decisivas a la definición de una cultura nacional al servicio de la vida política liberal —de naturaleza individual e institucional a la vez— se encuentran el pensamiento histórico krausista; los textos regeneracionistas de Joaquín Costa, Rafael Altamira y otros; las ideas de Unamuno sobre la intrahistoria, el quijotismo y el sentimiento trágico de la vida; la interpretación azoriniana de la literatura, la sociedad y la geografía españolas; los estudios sobre la épica de Menéndez Pidal y la escuela de filología fundada por él; la «manera española (léase “castellana”) de ver las cosas» que ocupa gran parte de los ensayos de Ortega y Gasset sobre el arte y la literatura, además de su interpretación de la historia de España; la poesía de Antonio Machado, sobre todo *Campos de Castilla*; la publicación de los «Clásicos Castellanos», que dio a los españoles la primera oportunidad de leer sistemáticamente su literatura; la recuperación del arte de El Greco y Velázquez, la escuela del paisajismo en la pintura y la obra de pintores como Zuloaga y Regoyos; y la obra del Centro de Estudios Históricos ¹⁴.

Ya Juretschke, en el artículo citado, había adelantado también elementos para la elaboración de dicho modelo interpretativo: «Al plantearse la cuestión de la tradición surge a la vez la de los orígenes espirituales del 98. [...] Otra cosa ocurre con los que abordan el problema con criterio histórico, como Trend, Jeschke y Jobit. Los tres coinciden en atribuir el origen del 98 a la influencia del krausismo y de la Institución Libre de Enseñanza, destacando la honda influencia del pedagogo Giner de los Ríos, en lugar de dar una importancia indebida a los acontecimientos políticos de 1898» ¹⁵.

Otro aspecto interesante del trabajo de Juretschke es que advierte de la íntima conexión entre las gentes del 98 y «los españoles de una generación posterior» a quienes atribuye «el logro definitivo de su objetivo de salvar las fronteras [...] en primer lugar a Ortega y Gasset y su actuación a través de la *Revista de Occidente*». Y es que en el núcleo intelectual madrileño se produce a lo largo de la Edad de Plata un diálogo intergeneracional muy fecundo («fuego cruzado» lo ha llamado Roberta Johnson en una monografía traducida en 1997), que Vicente Cacho Viu ha explicado con la finura y la precisión que solía, confiriendo al liderazgo intergeneracional un decisivo papel articulador, ante la

inexistencia de otros recursos para vertebrar la anhelada modernización de la sociedad y del Estado.

Cualquiera que fuese el grado de lejanía mantenido por el intelectual respecto del poder, su verdadera preocupación consistió siempre en la optimización de aquel factor mediático que debía servir de estribo para los planes modernizadores de su moral pública respectiva. Cabía recurrir a la tantas veces invocada España nueva de a pie, fuese ésta leída como pueblo, sustento profundo, sea del socialismo o del cristianismo agónico, posibilidades ambas que barajó Unamuno; o como masa a personalizar a través de la educación, recurriendo en este caso al Estado docente, siempre remiso a aceptar de plano su responsabilidad; o como nación, en vías de recuperar su propia identidad mediante una autonomía de gobierno ganada por las urnas. La sintonía entre esos nuevos ideales y las instituciones establecidas, ya se tratase de la Corona, de los poderes del Estado o de los partidos políticos, resultó siempre precaria e inconclusiva en resultados inmediatos.

Tampoco la sociedad española parecía lo bastante robusta como para alumbrar instituciones privadas que superasen con plena operatividad *ad extra* los inevitables límites cronológicos del grupo fundador. Piénsese, en el caso madrileño, en la Institución Libre de Enseñanza, pendiente por entero de la personalidad de don Francisco Giner, o en la renovadora empresa cultural que había supuesto *L'Avenç* en el fin de siglo barcelonés, desplazada luego por los cambios políticos y de gusto literario. La proximidad avasalladora del mundo cultural establecido madrileño —las Academias, la Biblioteca Nacional, los Museos, la misma Universidad «Central»— parecía impedir cualquier iniciativa privada de altura, más allá del foro político alternativo que fue siempre el Ateneo de Madrid, donde tampoco cuajaron los intentos de convertirlo en un centro de estudios avanzados. Tan sólo a resultas de ciertos cambios generados lentamente a raíz del desastre, se crearon, tanto en Madrid como en Barcelona, instituciones oficiales que nunca llegarían, sin embargo, a desempeñar del todo el papel de centros-pilotos para una reforma decidida del mundo educativo y cultural conforme a las nuevas morales colectivas: la madrileña Junta para Ampliación de Estudios, siempre recortada en sus horizontes por la desconfianza del *establishment*, empezando por el propio Rey; o el Institut d'Estudis Catalans, cuyo campo de acción resultaba aún más limitado por su dependencia de origen, de organismos, pre-autonómicos de hecho, pero sin apenas poder decisorio en materias educativas.

Ante semejante precariedad institucional, no le quedaba al intelectual, para impulsar la modernización del país, sino la fuerza persuasiva de la propia palabra. Fuera de esa presencia, psicológicamente insatisfactoria por la dificultad de apreciar su repercusión inmediata, no cabía

más instrumento colectivo que el *compagnonnage* con sus coetáneos, la agrupación generacional. Ese fue, de hecho, el único factor mediático que funcionó¹⁶.

Si en el periodo de entresiglos este liderazgo fue asumido en Madrid por Francisco Giner de los Ríos y en Barcelona por Enric Prat de la Riba, tras la muerte de Giner es Ortega quien aglutina al núcleo madrileño desde sus empresas intelectuales, de las que la más conocida en el exterior será —como indica Juretschke— la *Revista de Occidente*, aunque el diario *El Sol* o la revista *España* adquirirán una importancia no menor para la España de entreguerras.

El «espíritu del 98» en la actualidad: avances en los estudios sobre la Edad de Plata

Llegados a este punto, forzoso es que nos preguntemos qué cosas han cambiado en nuestra visión del 98. Ante todo, el propio concepto de generación que Vicente Cacho ha dejado magistralmente establecido en diferentes publicaciones recientes. Su aportación original consiste en atribuir definitivamente la autoría de «aquel artefacto literario» a José Ortega y Gasset, quien lo acuñó para referirse a su propia generación. Sin embargo, como con posterioridad Azorín escribiera una serie de artículos reutilizando dicho término para la suya propia, Ortega, que para entonces (febrero de 1913) ya tenía un proyecto de liderazgo, inspirado en Giner de los Ríos y basado en la moral de la ciencia, declinó su invención en favor de Azorín, con tal de tender puentes intergeneracionales: «El empleo del lenguaje generacional con una intencionalidad pública culminó en toda la Europa occidental con la generación de anteguerra; Ortega y Eugeni d'Ors realizaron importantes aportaciones al respecto. [...] Detrás de una formulación tan decidida, cuando la hay, actúa inexorablemente un líder, imbuido de ese sentido de misión, que aspira de entrada a ser reconocido por sus coetáneos, con la intencionalidad latente de imponerse tanto sobre la generación anterior como sobre la que llegará en años venideros»¹⁷. Ya Robert Wohl había considerado a la generación del 14 como la primera con conciencia de serlo, sintiéndose minoría, con vocación de liderazgo. Ese líder, para el caso español y también uno de los más destacados para el europeo, fue sin duda Ortega¹⁸.

Resulta por ello muy elocuente el escaso número de referencias a Ortega que nos encontramos en este número 36 de *Arbor*. ¿Cómo olvidar su papel de animador infatigable en la mayoría de las empresas cul-

turales madrileñas en las que participaron los del 98 hasta 1936? Sin embargo, a la altura de 1948, y a pesar de lo que afirma y sobre todo sugiere Gregorio Morán, resultaba demasiado fuerte la referencia explícita a Ortega e incluso a Julián Marías —con quien, por cierto, Morán es especialmente duro, ignorando, a mi juicio, algunos aspectos de su contexto como los que aquí se relatan—. Su veta liberal estaba demasiado visible para las tragaderas de la censura franquista. Pedro Laín en sus memorias reconoce la deuda contraída con él, aunque sólo pudieron hablar «en muy contadas ocasiones —una de ellas memorable—». Añade que «siempre he considerado grave error la manera como en 1946 se presentó de nuevo ante el público de Madrid». Por más que juzgue «error... más grave aún» la actitud de indiferencia del Jefe del Estado y el Régimen ante el regreso del pensador, Laín cree que Ortega debiera haber planteado ante «las mejores almas de la juventud española de entonces [...] un grave y exigente programa de vida cultural»¹⁹. Empero, el espíritu orteguiano aletea en muchas de las páginas de aquel *Arbor*, y no tanto por la retórica aristocratizante (esa «parva gavilla de españoles egregios» con que concluye el artículo de Laín refiriéndose a los del 98) sino, muy singularmente, por la vocación proyectiva que trasciende al conjunto de los trabajos compilados. Una voluntad de saldar el «conflicto entre la hispanidad tradicional y la europeidad moderna» (Laín) condensada en la propuesta de Federico Sopena, en dicho número de *Arbor*, cuando compara a los del 98 con su propia generación: «Ellos, es verdad, han soñado, a su manera, otra España, pero tan “soñada”, tan fuera de cauces de posibilidad, que sus libros no sirven de ayuda para lo que yo veo como más urgente: crear una vida cotidiana llena de valores constantes, aprender el sentido para la vida de todos los días. [...] una imagen de España vencedora del fácil pintoresquismo, plenamente europea, con una ilusión de “nacionalismo y universalidad” concretada en una perfecta técnica»²⁰.

Pero regresemos al presente para abordar otros aspectos de nuestra visión del 98, en la que nos encontramos con muy diferentes problemas y tareas que en 1948. José Carlos Mainer, en el número que *Revista de Occidente* dedicó a Valle-Inclán, en abril de 1986, indicaba un rumbo aún infrecuente:

[...] una «nueva biografía» de Valle-Inclán (una *authorized biography* al uso anglosajón), amparada por los susidios epistográficos del caso, podría ser necesaria y excelente labor de los valleinclanistas actuales, como deberá serlo —aunque en un futuro más halagüeño— la confección de unas obras (verdaderamente) completas con los textos cotejados de

las diferentes versiones y con la copiosa anotación aclaratoria que reclaman ²¹.

Doce años después considero vigente este programa. Vicente Cacho abundaba hace muy poco en este mismo aspecto: «Lo que sí constituye una excepción en nuestro caso, y no precisamente honrosa, es que la prensa siga siendo todavía hoy de imprescindible consulta para la fijación de todo tipo de fuentes básicas literarias, dada la inexistencia de “obras completas” de cualquier autor que, salvo contadísimas excepciones, respondan realmente a este título; tampoco abundan las ediciones críticas de libros singulares y, solamente en el caso de contadas figuras, están en marcha bancos de datos para la fijación y posterior edición de sus escritos. La difícil localización de muchos de esos periódicos o revistas, cuya lectura es indispensable para cualquier labor seria, convierte la publicística del cambio de siglo en una especie de territorio semivirgen, que sigue deparando los más inesperados hallazgos, con el correspondiente solaz de quienes, desde muy diversas disciplinas, nos entrecruzamos en él». Por ello, «las publicaciones periódicas han de prevalecer, lógicamente, como fuente inicial de información, sobre toda especie de archivo, sea privado o institucional, pese a los múltiples matices en el conocimiento de una realidad dada que éstos puedan aportar» ²². Además, como indica Javier Varela: «Casi todos los escritores españoles jóvenes escribían en los periódicos. Algunos, como Azorín o Salaverría, vivieron de ello siempre. Unamuno, que era catedrático, declaraba que si no comía del periodismo, cuando menos cenaba de él. En España, la única manera de sostenerse con la pluma era ser algo periodista. [...] Ramiro de Maeztu es un periodista en un sentido todavía más estricto que sus colegas. En cierto modo, es una figura que encarna al periodista moderno, uno de los primeros» ²³.

Al mismo tiempo, también es cierto que desde 1948 se ha avanzado considerablemente en el conocimiento de diferentes aspectos de la vida y la obra de muchos de los autores de la Edad de Plata. Sobre casi todos se han venido realizando en los últimos años numerosas investigaciones, tesis doctorales, reuniones científicas y congresos, en una abundancia crecientemente abrumadora, a medida que se acercaba inexorablemente 1998. Aunque sea preciso manejarse con tiento en esta selva bibliográfica, distinguiendo las voces de los ecos, se han alumbrado bastantes monografías y trabajos de calidad. Incluso, en algunos casos, se ha superado la tendencia a estudiarlos fuera del contexto europeo, el único que hace inteligible la labor de las sucesivas generaciones intelectuales de la Edad de Plata. No es éste el lugar

ni el momento para una revisión bibliográfica sistemática, pero baste indicar que algunos maestros de nuestra historiografía reciente vienen cultivando desde hace décadas la historia intelectual o las disciplinas más afines a este ámbito. Cito entre ellos a José María Jover Zamora, pionero en estos menesteres, o a José Carlos Mainer, autor de la ya clásica *La Edad de Plata (1902-1939)* ²⁴. Menos conocida es la investigación del tristemente desaparecido Vicente Cacho Viu posterior a *La Institución Libre de Enseñanza*, dispersa en un conjunto de artículos que constituyen una obra condensada, repleta de análisis y sugerencias, que descansa sobre un sólido armazón de fuentes de primera mano ²⁵. Añádase que se ha avanzado tanto en la historia institucional (por ejemplo las magníficas y concluyentes investigaciones de Francisco Villacorta sobre el Ateneo de Madrid; la labor editorial que está realizando la renovada Residencia de Estudiantes desde 1988 sobre la Junta para Ampliación de Estudios y su entorno, etc.) como en las de diferentes autores de los que, si bien apenas puede citarse una biografía realizada desde los parámetros de la moderna historia intelectual —precisamente por las causas indicadas por Mainer en el texto citado—, vamos disponiendo de excelentes ediciones críticas de manuscritos, como las de García Lorca a cargo de Christian de Paepe o la que se prepara de Juan Ramón Jiménez bajo la dirección de Javier Blasco, o epistolarios como el de Salinas y Guillén editado por Andrés Soria. Es también fundamental la labor que realizan algunos centros en los que se conservan magníficamente catalogados y disponibles al público los archivos de diferentes autores, como es el caso de la Casa Museo de Unamuno en Salamanca, la de Azorín en Monóvar, la de Gabriel Miró en Alicante, y en Madrid la Fundación José Ortega y Gasset, el legado Cajal, custodiado por el CSIC, o el riquísimo conjunto documental recuperado por la Residencia de Estudiantes, que incluye la biblioteca y el archivo de Federico García Lorca. A todo ello me referiré más adelante ²⁶.

Hay que añadir que —como consecuencia— también subsisten numerosos prejuicios acerca del papel desempeñado por las diferentes generaciones intelectuales en la configuración de la España moderna. Como no existen biografías autorizadas ni disponemos de muchas ediciones críticas ni, por supuesto, de obras completas con los textos fijados, en algunas publicaciones recientes, en las que predomina la orientación ensayística, se mantienen viejos y nuevos tópicos que, si bien estimulan la polémica sobre nuestras raíces culturales, no resultan, al cabo, demasiado esclarecedores, ya que manifiestan, incluso a pesar de los datos concretos aportados en algún caso, un marcado desinterés por los nutrientes de estos intelectuales. Espe-

cialmente, lo que parece no tenerse en cuenta es el «liberalismo fontanal» de muchos de los del 98, que no es óbice para que se encuentren «atrapados en las etapas iniciales de la rebelión contra el positivismo»²⁷.

No me resisto a ejemplificar lo dicho con la visión del Unamuno paradójico y hasta contradictorio que nos proporciona Aranguren en su citado trabajo, en el que transcribe dos elocuentes textos unamunianos:

«Me he acostumbrado —confiesa Unamuno— a sacar esperanza de la desesperación misma. Y no griten: ¡Paradoja! los mentecatos y superficiales». [...] Es el método de la pura, flagrante contradicción. Ya en su primera obra, *En torno al casticismo*, lo enunció Unamuno del modo siguiente: «Suele buscarse la verdad completa en el *justo medio* por el método de remoción, *via remotionis*, por exclusión de los extremos, que con su juego y acción mutua engendran el ritmo de la vida, y así sólo se llega a una sombra de verdad, fría y nebulosa. Es preferible, creo, seguir otro método: el de afirmación alternativa de los contradictorios; es preferible hacer resaltar la fuerza de los extremos en el alma del lector para que el medio tome en ella vida, que es resultante de lucha». En *Del sentimiento trágico de la vida* precisa aún más su método: «Varias veces, en el errabundo curso de estos ensayos, he definido, a pesar de mi horror a las definiciones, mi propia posición frente al problema que vengo examinando; pero sé que no faltará nunca el lector insatisfecho, educado en un dogmatismo cualquiera, que se dirá: “Este hombre no se decide, vacila; ahora parece afirmar una cosa, y luego la contraria; está lleno de contradicciones; no le puedo encasillar; ¿qué es?”. Pues eso, uno que afirma contrarios, un hombre de contradicción y de pelea, como de sí mismo decía Job; uno que dice una cosa con el corazón y la contraria con la cabeza, y que hace de esta lucha su vida. Más claro, ni el agua que sale de la nieve de las cumbres. Se me dirá que ésta es una posición insostenible, que hace falta un cimiento en que cimentar nuestra acción y nuestras obras, que no cabe vivir de contradicciones, que la unidad y la claridad son condiciones esenciales de la vida y del pensamiento, y que se hace preciso unificar éste. Y seguimos siempre en lo mismo. Porque es la contradicción íntima precisamente lo que unifica mi vida y le da razón práctica de ser. O más bien es el conflicto mismo, es la misma apasionada incertidumbre, lo que unifica mi acción y me hace vivir y obrar»²⁸.

Como ya he indicado en un trabajo anterior: «El retrato que Cacho Viu hace del Unamuno finisecular, por contraste con Ortega, un simbolista de la siguiente hornada, más adaptado a las nuevas realidades, resulta, a mi juicio, válido, no sólo para Valle-Inclán, sino para muchos

otros: frente a “la pérdida de la seguridad positivista que conmocionó a la vida europea en los noventa”, Unamuno adopta un pensamiento “que ve en lo oscuro y en lo claro no ve”, que deja “abierta, como una herida, la oposición trágica por donde fluye de continuo el clamor de la conciencia” y, en consecuencia, frente a un lenguaje, como el orteguiano, lleno de “voluntad de claridad y énfasis comunicativo”, opone “el juego cambiado del contrapunto y la capacidad de sugerencia”. Desde este horizonte, el simbolismo, globalmente considerado, viene a superar uno de los presupuestos centrales del proyecto ilustrado, tal y como es formulado en definición ya clásica de Cassirer: “la naturaleza es un sistema cerrado de causas y efectos, de razones e implicaciones”. El pensamiento simbolista quiebra esa ilusión, oponiéndola, sobre los argumentos científicos de la física y la matemática nuevas, a un profundo sentimiento de rebelión frente a la causalidad más grosera, sentimiento que emerge por todas partes, resistiéndose a explicar el mundo conforme a una rígida leyenda de finalidades»²⁹. Afortunadamente, como ya se ha indicado, un ilustre grupo de historiadores sitúa los episodios de nuestra vida intelectual, por su propia naturaleza especialmente frágiles como objeto de conocimiento, en su contexto adecuado: económico, social, ideológico, internacional, etc. Un texto reciente de José María Jover encarna admirablemente cuanto se viene postulando. «Por lo demás, pecaría de superficial cualquier intento de explicar el pesimismo propio de la España finisecular sobre la exclusiva base de los hechos históricos a que acabo de pasar rápida revista. En efecto, si a las crisis y guerras coloniales corresponde la parte del león en tal pesimismo, es indispensable, para explicar el tono de la vida en los lustros finales del Ochocientos, tener bien presentes otros factores de la crisis finisecular, tales como la crisis agraria, los sentimientos de inseguridad de las clases medias ante la emergencia del movimiento obrero y la presencia organizada de las clases trabajadoras en las calles de la ciudad, la crisis de la mentalidad positivista, la influencia de Schopenhauer en determinados medios intelectuales, y tantos otros componentes de la crisis de finales de siglo que no es momento de sistematizar. Quizá convenga, sin embargo, dedicar unas palabras a dos aspectos de tal crisis que, por su inmediata relación con lo que venimos llamando el tono de la vida, requieren atención especial. Me refiero, por una parte, a la medida en que el pesimismo impregna la conciencia nacional de los españoles a través del síndrome de *decadencia* que he intentado analizar con algún detenimiento en otro lugar; y por otra al pesimismo aportado a la sensibilidad religiosa de amplias capas de la población española por el *integrismo*»³⁰.

El papel decisivo que los intelectuales de las tres generaciones de la España de entreguerras cumplieron como forjadores de un clima intelectual nuevo ni les hace responsables del devenir político ni les exime de contradicciones y ambigüedades, que también se dan en los intelectuales vieneses con anterioridad a 1914, o en otros como en T. S. Eliot, Joyce, etc. Por lo que se refiere a los españoles, ni se puede magnificar su responsabilidad en el desastre de 1936 ni pueden interpretarse los fenómenos que vivieron fuera de su contexto europeo. En todo caso, para interpretarlos es necesario recurrir a las fuentes de primera mano ³¹.

En suma, y a la luz de lo anteriormente expuesto, creo que podemos aventurar que tal situación va a experimentar cambios muy profundos en los próximos años. Ello se deberá entre otras cosas a:

1. La existencia creciente de colecciones documentales catalogadas, informatizadas y accesibles al público.
2. Diferentes proyectos de obras completas de los principales autores, que incorporarán epistolarios, memorias, etc.
3. La tendencia creciente a publicar ediciones críticas y estudios bibliográficos, en los que el aparato crítico incluirá la correspondiente reflexión metodológica.
4. La celebración de seminarios, cursos, etc., en los que predominará de forma creciente la preocupación por el contexto intelectual europeo, único desde que los fenómenos españoles adquieren su sentido.

Propuestas de trabajo para los próximos años

Al desarrollar someramente cada uno de estos aspectos, como conclusión de estas páginas, no puedo soslayar mi condición de director de la Residencia de Estudiantes. Permítaseme por tanto una digresión final en la que, al tiempo que indico las tareas que estimo prioritarias en nuestra historia intelectual, expongo el quehacer que la Residencia ha venido realizando en dicho ámbito.

El proyecto de recuperación de la Residencia (rescatada en 1986 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, como heredera de la fundada en 1910 por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, de la que el actual CSIC se siente igualmente heredero), en el que he tenido el honor de participar desde el primer momento junto con Alicia Gómez-Navarro y otros amigos, me parece a la vez partícipe y exponente de la sensibilidad actual en relación con la herencia intelectual no sólo del 98 sino de lo que se ha venido llamando la Edad de Plata.

Esta visión amplia, que engloba no sólo el periodo del cambio de siglo sino todo el desarrollo cultural que cristalizará sucesivamente en varias generaciones de intelectuales, científicos y creadores, es la que ha elegido la Residencia para el programa de actividades que está desarrollando en este año del centenario de 1898, programa que ha identificado precisamente con el epígrafe común de *La Edad de Plata*. En realidad, tampoco este intervalo cronológico quiere ser estricto, ya que se incluyen sus orígenes previos, al menos desde la revolución de 1868, y su proyección posterior, especialmente en lo que se refiere a la dimensión cultural del exilio de 1939.

Tanto en razón de su significado histórico, como por su trayectoria y los objetivos explícitos de su programación, la Residencia ya venía consagrando una parte fundamental de sus actividades a la profundización, la reflexión teórica y la difusión del complejo entramado intelectual, educativo y cultural que modificó de forma fundamental el modo de entender los problemas de España en la bisagra de los dos siglos. Como heredera de la tradición reformista cristalizada desde 1876 en la Institución Libre de Enseñanza, la Residencia ha sido, desde que iniciamos esta segunda etapa, un centro de cultura viva en el que han tenido cabida y se ha prestado particular atención —y siempre desde una visión no sólo histórica, sino también prospectiva— a las corrientes más renovadoras del pensamiento y la cultura de nuestro tiempo. La revisión del 98 y de la Edad de Plata, lejos de centrarse en lo puramente retrospectivo y casticista, ha de procurar en todo momento abrirse con mirada cosmopolita a cuanto de renovador tuvo aquel momento de la historia de España, a sus relaciones con lo que provenía de otros ámbitos culturales y, más ampliamente aún, a los problemas centrales que desde entonces han dado forma al siglo XX y que volvemos a plantearnos en este nuevo fin de siglo.

La conmemoración del centenario del 98 ha de facilitar la apertura de un diálogo prolongado y diverso sobre la cultura y las ideas en la España contemporánea, tanto en perspectiva histórica como en relación al momento actual y al futuro. Se trata de tomar el 98 como punto de partida de un periodo más amplio y de enorme riqueza en el pensamiento español, que se abre en parte como reacción frente a la crisis finisecular, pero que tiene su indispensable corolario en el florecimiento cultural que se prolonga durante todo el primer tercio del siglo XX y cuyos frutos intelectuales, creativos y científicos son de innegable trascendencia y mantienen gran interés y clara proyección en la España de hoy.

Es notable la vigencia y el interés que para la sociedad española actual tienen, desde muchos puntos de vista, los grandes temas que centraron la reflexión y la acción de los intelectuales de la Edad de Plata. La promoción de la ciencia, el buen uso de los recursos naturales, la reforma y la extensión de la educación en todos sus niveles, la europeización o la articulación de las Españas son algunos de los empeños que desde distintas posturas abordan los pensadores, los ensayistas o los científicos, y que reflejan en su obra artistas y literatos. Visitar de nuevo esos grandes problemas, que protagonizan la cultura española en un periodo irrepetible, ha de aportar claves interpretativas, contrapuntos comparativos e incluso, en algunos aspectos, estímulos de emulación para el debate social y cultural de la España de hoy.

Junto a la reflexión y el debate intelectual, es necesario plantearse acciones concretas de investigación y preservación de fuentes históricas, tal como queremos hacer con el Centro de Documentación de la actual Residencia. Es importante aprovechar este momento en el que la sociedad española vuelve a examinar con especial atención su historia y su cultura recientes, para impulsar esfuerzos de investigación y de conservación de nuestro patrimonio.

Es preciso, en primer lugar, coordinar las labores de distintos centros con fondos documentales y establecer las bases para la creación de repertorios, catálogos y sistemas de referencia cruzados sobre la Edad de Plata, y ofrecer, a través de sistemas informatizados, un recurso eficaz para el mejor conocimiento de nuestra cultura tanto a estudiosos e investigadores como a la sociedad en general. Sería éste un logro de indudable trascendencia, que quedaría como aportación científica y cultural permanente de la conmemoración del 98.

A diferencia de otros componentes del patrimonio, estos fondos (fuentes de información y colecciones artísticas relacionados con nuestra historia intelectual) no han recibido hasta hace poco la atención que merecen como testimonio insustituible para el estudio y la difusión de las letras, las artes, el pensamiento y la ciencia de la España contemporánea. El hecho de que muchas de estas fuentes consistan en los patrimonios y colecciones personales de escritores, investigadores o artistas, las más de las veces en manos de particulares y en su mayor parte carentes de una mínima descripción o catalogación, dificulta el acceso para su estudio y supone un grave riesgo para la garantía de su conservación.

Las especiales circunstancias de la vida política y social española de este siglo, con el profundo trauma que supuso la guerra de 1936

y su secuela de exilios y desencuentros, han agudizado gravemente la dispersión y las amenazas para la conservación de un patrimonio documental y artístico que, incluso en el caso de algunas máximas figuras, sigue siendo hoy día poco conocido o inaccesible para los investigadores.

El patrimonio mencionado, por su propia naturaleza y la diversidad de los orígenes regionales de sus autores, permanece disperso por toda la geografía española y, en algunos casos, fuera de España (en países americanos fundamentalmente), y su tratamiento implica, por tanto, una acción de coordinación y cooperación entre instituciones ubicadas en diferentes comunidades autónomas y de cooperación internacional con instituciones de diversos países del mundo, en especial de Hispanoamérica. Al tiempo, supone una oportunidad notable para incrementar la difusión internacional de este patrimonio, aprovechando para ello la relevancia universal de algunas de las figuras que lo integran (García Lorca, Unamuno, Ortega, Cajal...).

Otra línea de trabajo en la que también queda mucho que hacer: la preparación de obras completas de los principales autores españoles de la Edad de Plata, ya que, salvo contadas excepciones, la mayoría carece de ediciones críticas y rigurosas que respondan realmente a este título. Esta carencia no sólo es de lamentar en el caso de escritores comparativamente menos conocidos, como José Moreno Villa o Concha Méndez, dos autores en los que la Residencia de Estudiantes está trabajando, sino que alcanza a figuras de la talla de Unamuno, que estarían sin duda representadas en las colecciones existentes en otros países, como la Bibliothèque de La Pléiade en el caso francés, que deben servir de referencia para abordar proyectos similares en España. Para la consecución de este objetivo es necesario no sólo el impulso de instituciones y casas editoriales que puedan asumir iniciativas de esta envergadura, sino también celebrar seminarios de carácter científico en los que se elaboren los planes que han de guiar esta tarea editorial y queden fijados los criterios metodológicos y los procedimientos de trabajo.

Notas

¹ Gregorio MORÁN, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*. Tusquets Editores, Barcelona, 1998.

² Pedro LAÍN ENTRALGO, *La generación del noventa y ocho*. 2.^a ed., Espasa Calpe, (Colección Austral), Madrid, 1997, p. 14.

³ Pedro LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, p. 19.

⁴ *Ibidem.*

⁵ *Arbor*, núm. 36. Madrid, diciembre 1948, p. 420.

⁶ *Arbor*, cit., p. 490.

⁷ *Arbor*, cit., p. 549.

⁸ *Arbor*, cit., p. 498.

⁹ *Arbor*, cit., p. 396.

¹⁰ *Arbor*, cit., p. 457.

¹¹ *Arbor*, cit., p. 506.

¹² *Arbor*, cit., pp. 419-420.

¹³ *Arbor*, cit., p. 525.

¹⁴ Inman FOX, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*. Cátedra, Madrid, 1997, p. 13.

¹⁵ *Arbor*, cit., p. 529.

¹⁶ En adelante cito las referencias por orden de aparición en el texto comprendido por la correspondiente nota.

Roberta JOHNSON, *Fuego Cruzado. Filosofía y novela en España (1900-1934)*. Ediciones Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1997.

Vicente CACHO VIU, *Repensar el 98*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, pp. 29-31.

¹⁷ Vicente CACHO VIU, *op. cit.*, pp. 31-32. Sobre el concepto de generación del 98 ver especialmente los capítulos II y III, respectivamente «Francia 1870-España 1898» y «Ortega y el espíritu del 98», pp. 77-173.

Con objeto de adquirir la suficiente serenidad antes de adentrarse en el piélago bibliográfico, recomiendo la atenta lectura del manifiesto firmado en Valladolid por los ponentes y participantes en el seminario *En el 98. Los nuevos escritores*, celebrado en esa ciudad bajo los auspicios de la Fundación Duques de Soria, con el elocuente título *Contra el 98*, en el que algunos de los más solventes especialistas niegan vigencia al rötulo y aun al método generacional. *En el 98: los nuevos escritores*, ed. de José Carlos Mainer y Jordi Gracia. Fundación Duques de Soria/Visor, Madrid, 1997.

¹⁸ Robert WOHL, *The generation of 1914*. Harvard University Press, Boston, 1980.

¹⁹ Pedro LAÍN ENTRALGO, *Descargo de conciencia (1930-1960)*. Barral Editores, S.A., Barcelona, 1976, pp. 359-360.

²⁰ *Arbor*, cit., pp. 463-464.

²¹ José Carlos MAINER, «Libros sobre Valle-Inclán», *Revista de Occidente*, núm. 59. Madrid, abril 1986, pp. 91-92.

²² Vicente CACHO VIU, *op. cit.*, p. 15.

²³ Javier VARELA, introducción a Ramiro DE MAEZTU, *Hacia otra España*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, p. 41.

En general, la incorporación de los literatos finiseculares como profesionales de la literatura a través de la prensa ha sido profusamente demostrada por la bibliografía reciente para todo el ámbito de la cultura occidental. Pese a lo que se está haciendo en este terreno, resulta imprescindible seguir investigando en el papel de la prensa, especialmente tras la aparición de la rotativa y de las grandes tiradas, en la institucionalización de la literatura y la profesionalización de los literatos. «Los modernistas conciben, por vez primera, al escritor y al artista catalanes como profesionales. No en el sentido de hombres que viven “de” la literatura y “del” arte, sino en el sentido de hombres que viven “para” la literatura y el arte. Los hombres de la Renaixença eran patriotas que escribían al margen de sus respectivas ocupaciones profesionales y que, incluso cuando triunfaban, como en los casos de Soler y de Emili Vilanova,

se resistían a desasirse del áncora social del antiguo oficio o profesión. Los modernistas son, en cambio, artistas y escritores con dedicación plena a su vocación. [...] Pero, para estos hombres, escribir o pintar eran aún oficios; para los modernistas eran profesiones. Hay una importante diferencia en la trascendencia social y la calidad cultural que se atribuye a estas actividades. Esta diferencia entre unos y otros es la que existe, de hecho, entre una concepción artesanal y una concepción burguesa del arte, entre la re inserción del artista en una sociedad pre-industrial y su situación en una sociedad industrial» (J. L. Marfany: «Sobre el movimiento modernista», *Aspectes del modernisme*. Curial, Barcelona, 1975, pp. 15-21).

²⁴ De José María JOVER cito, entre otras muchas posibilidades: *La Edad de Plata de la Cultura Española (1898-1936)*, t. XXXIX (vol. I y vol. II, pról. de Pedro Laín Entralgo) de la *Historia de España* dirigida por José María Jover y Ramón Menéndez Pidal. Espasa Calpe, Madrid, 1993. Del mismo autor, *Realidad y mito de la Primera República: del «gran miedo» meridional a la utopía de Galdós* (pról. de José Antonio Maravall). Espasa-Calpe, Madrid, 1991 (Colección Austral, 194).

José Carlos MAINER, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, 2.^a ed. revisada y ampliada. Cátedra, Madrid, 1981. Del mismo autor: *Modernismo y 98*. Crítica, Barcelona, 1992.

²⁵ Vicente CACHO VIU, *La Institución Libre de Enseñanza*. Madrid, Rialp, 1962. Además del citado *Repensar el 98*, que recoge algunos de sus trabajos más significativos dispersos en diferentes publicaciones, cabe citar *Revisión de Eugenio d'Ors*. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes/Quaderns Crema, Madrid/Barcelona, 1997. En la actualidad, la Residencia de Estudiantes, en colaboración con Quaderns Crema, está preparando para su edición el manuscrito que Vicente Cacho dejó inédito sobre *El nacionalismo catalán como factor de modernización*.

La biografía de Vicente Cacho Viu es un magnífico ejemplo de la complejidad con la que se suele comportar la historia intelectual. A lo largo de su fecunda y relativamente breve vida fue capaz de transitar desde sus tareas de estrecho colaborador de Florentino Pérez Embid, que le encomendó su investigación sobre la Institución Libre de Enseñanza y de quien se reconoció siempre discípulo, hasta afincarse en los terrenos clásicos del liberalismo progresista. En su evolución resultó decisivo su profundo conocimiento de la Institución Libre de Enseñanza y su entorno. El excelente libro que publicó, en fecha tan temprana, revela la libertad con la que Vicente Cacho ha vivido siempre. Sus trabajos posteriores, tanto de investigación como de docencia, le han convertido en un maestro de la historia intelectual española, especialmente atento a la íntima conexión entre la cultura española y las corrientes europeas que la alimentan.

²⁶ En el panorama español existe una excelente biografía: Ian GIBSON, *Federico García Lorca. I. (De Fuente Vaqueros a Nueva York (1898-1929)). II. (De Nueva York a Fuente Grande (1929-1936))*. Grijalbo, Barcelona, 1985/1987.

Francisco VILLACORTA BAÑOS, *El Ateneo de Madrid: 1896-1907. La Escuela de Estudios Superiores y la extensión universitaria*. CSIC. Madrid, 1979 y *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid: 1885-1912* (pról. de Manuel Espadas Burgos). CSIC, Madrid, 1985.

Algunas de las principales obras editadas a cargo de la Residencia, además de las que se citan en otras notas son:

Sobre historia institucional: *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después, 1907-1987: Simposio Internacional, Madrid, 15-17 de di-*

ciembre de 1987 (coord. José Manuel Sánchez Ron). CSIC. Madrid, 1988; Margarita SAENZ DE LA CALZADA, *La Residencia de Estudiantes: 1910-1936*, CSIC, Madrid, 1986; Carmen de Zulueta y Alicia Moreno, *Ni convento ni college: la Residencia de Señoritas*. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1993.

Ediciones facsímiles, acompañadas de estudios e índices: *Residencia*, 2ª ed. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1990 (edición facsímil de los 20 números publicados por la Residencia de Estudiantes entre 1926 y 1934); *Archivo de la Palabra. Voces de la Edad de Plata*. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1998 (incluye dos discos compactos con las grabaciones originales realizadas por el Centro de Estudios Históricos, 1931-1933); *Música*. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1998 (edición facsímil de los cinco números de la revista publicados en Barcelona por el Consejo Central de la Música entre enero y junio de 1938).

Otras monografías son: Juan MARICHAL, *El intelectual y la política en España (1898-1936): cuatro conferencias. Unamuno, Ortega, Azaña, Negrín*. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1990; Eugenio OTERO URTAZA, *Manuel Bartolomé Cossío: trayectoria vital de un educador* (pról. Julio Ruiz Berrio). Residencia de Estudiantes, Madrid, 1994.

Catálogo general de los fondos documentales de la Fundación Federico García Lorca, 3 vol. (dir. y ed. de Christian DE PAEPE). Ministerio de Cultura/Fundación Federico García Lorca, Madrid, 1992.

Javier BLASCO y Teresa GÓMEZ TRUEBA, *Juan Ramón Jiménez: la prosa de un poeta. Catálogo y descripción de la prosa lírica juanramoniana*. Grammalea, Valladolid, 1994.

Pedro SALINAS y Jorge GUILLÉN, *Correspondencia: (1923-1951)* (ed. e introd. de Andrés Soria Olmedo). Tusquets, Barcelona, 1992.

²⁷ Para el concepto de «liberalismo fontanal», «siempre compartido con Ortega», cito a Vicente CACHO VIU, «Unamuno y Ortega», *Revista de Occidente*, núm. 65. Madrid, octubre 1986, p. 97.

²⁸ *Arbor*, cit., p. 495.

²⁹ José GARCÍA-VELASCO, «Hacia una biografía intelectual de Valle-Inclán», en un volumen colectivo en homenaje al profesor Rafael Segovia que está a punto de publicar El Colegio de México.

Vicente CACHO VIU, «Unamuno y Ortega», *op. cit.*, pp. 82-96. En el texto entrecuadrado se recoge también una cita de Pedro Cerezo, *La voluntad de aventura*. Ariel, Barcelona, 1984.

Ernest CASSIRER, *Enciclopedia Mc Millan de las Ciencias Sociales*, 1.ª ed., 1937, vol. 3, p. 547.

³⁰ José María JOVER, «Aspectos de la civilización española en la crisis de fin de siglo», en *Vísperas del 98* (ed. de Juan Pablo Fusi y Antonio Niño). Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, pp. 20-21.

³¹ He empleado en este trabajo la traducción de J. Marichal de *weathermaker* en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, núm. 1, Madrid, marzo 1987 (2.ª época), p. 22, cuando escribe: «Porque lo propio de la primera década del siglo —el comienzo de un nuevo clima intelectual en España— era la importancia de los que en inglés se llamarían *weathermakers*, “fabricantes de clima”: entre los cuales descollaba don Miguel de Unamuno [...]».

Puede citarse otro ejemplo, esta vez referido a los medios académicos españoles y americanos, de esta «perversión» de la labor investigadora que consiste en apoyar las conclusiones de un trabajo en historia intelectual con citas textuales de un autor, desprovistas de su correspondiente depuración cronológica y crítica. Por ceñirme a mi propio campo de estudio, creo que desgraciadamente se está produciendo una «moda» de hablar de un carlismo en Valle-Inclán desde su juventud hasta los *Esperpentos*, sin documentar una interpretación tan radical con ninguna prueba fehaciente que proceda de fuentes primarias.